

—El hombre es á quien busco, nada temas.  
 —Pues bien, yo soy el hombre que buscabas,  
 ¿Qué se ofrece? le dijo con firmeza.  
 —¿Eres tú, le pregunta, eres el mismo?  
 —Sin duda soy el mismo, le contesta.  
 —¿Cómo, exclama el león, tantas maldades  
 ocultas con tan bellas apariencias?  
 —Dejemos, dijo el hombre, los insultos  
 que irritan aunque propios de una Bestia;  
 y así, para evitar contestaciones,  
 puedes volverte al bosque y yo á la aldea.  
 —No, responde el león, no nos iremos:  
 hoy mismo quiero ver por experiencia  
 si acaso eres conmigo tan valiente  
 como tirano con las ótras bestias.

Pone en tortura el hombre su discurso  
 porque le suministre alguna treta;  
 más la presencia de ánimo no pierde,  
 que es lo que en tales casos aprovecha.

—Mira, dijo al león, siempre la fama . . . .  
 Ya se ve, es imposible que uno pueda  
 á todos contentar. Más no me opongo:  
 estoy conforme con lo que tú quieras;  
 pero antes que riñamos, es preciso  
 hacer para mi casa un haz de leña.

Porque si tú me vences, ya eso menos  
 tendrá que hacer mi débil compañera;  
 cuando no, quedaré debilitado,  
 porque no hay enemigo que no ofenda.

El león no advertía que en un tronco  
 cuyas profundas raíces lo sustentan,  
 y que tenía cerca su enemigo,  
 una hacha muy pesada estaba puesta.

Tomóla, pues, el hombre y allí mismo  
 la clavó con tal impetu y violencia,  
 que bien se percibió cruzir el tronco,  
 vibrarse el aire, retemblar la tierra.  
 Después con tono impávido, le dice:

—Si apeteces cuanto antes la contienda,  
 ven á ayudarme á dividir el tronco.  
 El león, que reñir á punto lleva,  
 —¿cómo quieres, pregunta, que te ayude?  
 Y el hombre contestó:—De esta manera.

Y atrás doblando un pie, sobre sí tira  
 el extremo del mástil con gran fuerza:  
 el un lado del hacha fué el apoyo;  
 con el otro venció la resistencia  
 del tronco, haciendo en él una abertura.  
 Y pujando le dice:—Con presteza  
 agarra la hendidura . . . . que me canso . . . .  
 tira luego por esta parte opuesta.

Con valor . . . . ahora . . . . fuerte.—Y el incauto  
 mete las manos hasta las muñecas  
 para abrir más el tronco; pero el hombre,  
 soltando la palanca, preso deja  
 á su rival, que brama de coraje  
 y del dolor, que le hace ver estrellas.

Entonces con irónica risita  
 le decía:—Verás por experiencia  
 si acaso soy contigo tan valiente  
 como tirano con las otras bestias.

¡Rebeide! A palos domaré tu orgullo,  
 y amarrado después con fuerte cuerda,  
 te llevaré arrastrando por las calles,  
 para que en la horca deshonrado mueras.

Tanto el tormento de la mordedura  
 como lo doloroso de la afrenta,  
 angustian al león, pierde el sentido;  
 se desmaya, inclinando la cabeza  
 contra el pérfido tronco; mas volviendo  
 en sí otra vez, le dice:—¡Hombre! respeta  
 los decretos del Cielo en la desgracia,  
 que hacer mayor pretendes con la afrenta.

Si acaso te es tan dulce la venganza,  
 tienes tu mano armada, y yo cabeza;  
 hiere al que ingenuamente reconoce  
 que á todo es superior tu inteligencia.

—No, dijo el hombre entonces, vive honrado;  
 y al mismo tiempo fácilmente suelta  
 al vencido león, y sigue hablando:

—Mucha gloria es vencerte, noble fiera;  
 mas, sin comparación es más glorioso  
 el triunfo celestial de la clemencia.

¡FRAY MATÍAS DE CÓRDOVA.